

# Claroscuro 15 (2016)

Revista del Centro de Estudios sobre Diversidad Cultural

Facultad de Humanidades y Artes

Universidad Nacional de Rosario

Rosario – Argentina

E-mail: [claroscuro.cedcu@gmail.com](mailto:claroscuro.cedcu@gmail.com)

---

Título: Introducción

Autor(es): Miguel Ferrari

Fuente: Claroscuro, Año 15, Vol. 15 (Diciembre 2016), pp. 1 - 8

Publicado por: [Portal de publicaciones científicas y técnicas \(PPCT\) - Centro Argentino de Información Científica y Tecnológica \(CAYCIT\) - Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas \(CONICET\)](#)

URL: <http://ppct.caicyt.gov.ar/claroscuro>

---



Claroscuro cuenta con una licencia

Creative Commons de Atribución

No Comercial Sin Derivadas 3.0

ISSN 2314-0542 (en línea)

Más info:

<http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/3.0/deed.es>

Los autores retienen sus derechos de usar su trabajo para propósitos educacionales, públicos o privados.

**“Dossier Asia y África  
a través del tiempo frente a la diversidad cultural”**

**Introducción**

*Miguel Ángel Ferrari\**

“Los imperios no están interesados  
en participar en un sistema internacional,  
ellos aspiran a **ser** el sistema internacional”.

Henry Kissinger

Abordar el análisis de la realidad contemporánea de dos enormes continentes como lo son Asia y África, constituye un desafío digno de elogio. Esto es lo que se propone *Claroescuro* en la presente edición.

Tanto mayor es esta empresa cuando nos encontramos ante la dicotomía de dos territorios que, aun con sus complejidades y su heterogeneidad, se encuentran en las antípodas del protagonismo económico, político y militar en este contexto internacional, signado por una globalización neoliberal que podría ser cuestionada si el candidato Donald Trump accediera a la presidencia de los Estados Unidos.

Mientras los pueblos del continente africano —en la mayoría de sus países— bregan por sobrevivir sumidos en el subdesarrollo, acechados por los señores de la guerra, gobernados por marionetas de las ex metrópolis; la pujanza de Asia expresada particularmente por China, India y algunos países del sudeste, le asigna a su región un rol protagónico que en los

---

\* Periodista. Analista internacional. Rosario, Argentina. E-mail: [miguelferrari@gmail.com](mailto:miguelferrari@gmail.com)

hechos cuestiona el liderazgo alcanzado por Occidente en las últimas centurias.

La vastedad y la profundidad de los trabajos que nutren a esta nueva entrega de *Claroscuro* dificultan —felizmente— la tarea de quien esto escribe. En consecuencia, esta será una introducción que sobrevolará los artículos y las investigaciones, deteniéndose solamente en algunas problemáticas que por su relevancia se tornan insoslayables.

La diversidad de fenómenos regionales y nacionales en el plano económico, político, cultural y militar, encuentra un denominador común en la reaparición, potenciada, del terrorismo bajo diferentes facetas.

Desde hace décadas, los gobiernos de los Estados Unidos trabajan —a través de sus servicios de inteligencia— con los sectores más recalcitrantes del fundamentalismo islámico.

Las primeras aproximaciones estuvieron motivadas por el surgimiento, en los años cincuenta, de movimientos árabes que sostenían una suerte de socialismo nacional. Una actitud progresista y laica, frente a las monarquías del Medio Oriente que fueron surgiendo tras la caída del Imperio Otomano.

El caso paradigmático fue el de Egipto, luego del derrocamiento del rey Faruq por el grupo de los Oficiales Libres y la instalación de un gobierno finalmente liderado por el coronel Gamal Abdel Nasser.

Tanto el colonialismo británico —a cargo de un protectorado en esa región, luego de la Primera Guerra Mundial—, como el imperialismo estadounidense, se valieron de los Hermanos Musulmanes para desestabilizar a la revolución egipcia. Para ello, con ayuda de la Agencia Central de Inteligencia de los Estados Unidos (la CIA por su sigla en inglés), los fundamentalistas intentaron asesinar al presidente Nasser. Tras el frustrado atentado fueron severamente reprimidos por el gobierno egipcio.

Por entonces, el régimen wahabita de Arabia Saudita se convirtió en un estrecho aliado de Washington en la tarea de derrocar a Nasser. La monarquía saudita suministró apoyo financiero y un santuario a los

militantes de los Hermanos Musulmanes durante su enfrentamiento al gobierno de El Cairo.

Años después, durante el gobierno del presidente Ronald Reagan, la CIA y el Pentágono no solo sostenían económica y militarmente a los militantes de la incipiente Al-Qaeda en Afganistán, contra la presencia soviética en ese país, sino que los caracterizaban como “luchadores por la libertad”. Esos mismos “héroes”, dos décadas después fueron inculpaos del derribo de las Torres Gemelas en Nueva York.

En tiempos más recientes, todavía está fresco el recuerdo del apoyo occidental a los terroristas de Al-Qaeda durante la intervención en Libia. Es necesario recordar que tras la caída de Muammar Gadafi, Abdel Hakim Belhadj, líder del Grupo Islámico de Combatientes Libios, una organización terrorista vinculada a Al-Qaeda, se constituyó en el Gobernador Militar de Trípoli, la capital de este país norafricano.

La Casa Blanca —y particularmente la CIA— tiene desde hace décadas relaciones con el terrorismo fundamentalista, inclusive con quienes encabezan hoy este califato de las decapitaciones, este “estado” que crucifica seres humanos, este enclave de hienas que está empujando la rueda de la Historia hacia la Edad Media. Los Estados Unidos contribuyeron a construir este monstruo y lo ayudaron a ingresar a Siria para “luchar por la democracia”.

Thierry Meyssan (2014), analista francés de política internacional, revela en una extensa investigación el lado oculto de la política estadounidense a través del caso particular del senador republicano John Sidney McCain, organizador —según las investigaciones de Meyssan— de la «*primavera árabe*» y, desde hace mucho tiempo, interlocutor del califa Ibrahim (ahora llamado Abu Bakr al-Baghdadí).

Es muy importante remarcar que Ibrahim al-Badri, alias Abu Du’a, el nominal jefe del autoproclamado Estado Islámico (también conocido como ISIS por su sigla en inglés), figuraba desde el 4 de octubre de 2011 en la lista de los cinco terroristas más buscados por la justicia estadounidense, con una recompensa de hasta 10 millones de dólares para quien

contribuyese a su captura. Y desde el 5 de octubre de 2011 su nombre había sido incluido en la lista del Comité de Sanciones de la ONU como miembro de Al-Qaeda.

Vale decir que el actual jefe del sanguinario Califato Islámico estuvo reunido con McCain un año y medio después de haber sido catalogado como terrorista por los Estados Unidos y las Naciones Unidas. McCain estuvo reunido a sabiendas con un calificado terrorista para dar cumplimiento a los planes del complejo militar-industrial estadounidense y de sus aliados británicos, franceses e israelíes, en esta región del Medio Oriente.

Este monstruo no solo ocupa territorios, decapita, crucifica, viola mujeres; este monstruo controla la producción de petróleo dentro de su área de influencia.

Los activos más preciados se hallan en Siria, en la región del valle del Eufrates, operados en su momento por las empresas Shell y Total. Estos campos, entre los cuales se destacan los denominados al-Omar, al-Tanak y al-Jafra, en la provincia oriental de Deir al-Zour producen crudo liviano, con bajo contenido de azufre, un producto relativamente fácil de refinar.

La mayor parte del petróleo extraído por los terroristas en el territorio de Siria se comercializa en Turquía. Y, desde allí, hacia diversos países.

Es muy probable que luego de los bombardeos rusos sobre estos campos petrolíferos ocupados por el ISIS, la producción haya caído considerablemente.

No obstante, ¿cómo pueden los terroristas vender petróleo en un mercado internacional tan estrechamente vigilado por Washington?

En el congreso mundial anual de las compañías petroleras, que tuvo lugar entre el 15 y el 19 de junio de 2014 en Moscú, se abordó la problemática de Irak y de Siria. Allí trascendió que el petróleo robado en Siria por el entonces Frente al-Nusra era vendido por Exxon Mobil (la compañía de los Rockefeller que reina en Qatar), mientras que el petróleo

robado por el Estado Islámico se comercializa a través de Aramco (compañía de los Estados Unidos y Arabia Saudita). Es interesante recordar que durante la guerra contra Libia la OTAN autorizó a Qatar (o sea, a Exxon Mobil) a vender el petróleo de los “territorios liberados”... ¡“liberados” por los terroristas de Al-Qaeda!

A este flagelo terrorista, cuyas principales víctimas resultan ser los seres humanos de estas castigadas regiones del Medio Oriente, se suma la pertinaz destrucción de las huellas del pasado.

“Desde el verano de 2014 —puntualiza Ömür Harmansah en el presente volumen—, el Estado Islámico ha desarrollado una práctica inusual de dañar deliberadamente sitios arqueológicos y museos, en conjunto con sus continuos ataques a santuarios y lugares santos que son apreciados por las comunidades locales. En los bien publicitados reportes de noticias, con frecuencia emitidos por el ISIS mismo, sitios destacados del patrimonio, incluyendo el Museo de Mosul, los sitios arqueológicos de Nínive, Nimrud y Hatra, y posiblemente Ashur y Palmira, fueron reportados como habiendo sido atacados o amenazados con su destrucción”.

En otro pasaje de su trabajo, Harmansah fundamenta: “Sostengo que esta destrucción puede ser vista como una forma de violencia que tiene como objetivo aniquilar el sentido local de pertenencia y el sentido de memoria entre las comunidades locales a las que el patrimonio pertenece. Por lo tanto, la destrucción del patrimonio puede ser visto como parte integrante de esta estrategia de tierra quemada descrita anteriormente”.

La destrucción del patrimonio, obviamente, no es una ocurrencia del Estado Islámico. Durante siglos esta práctica fue utilizada por los imperios o las potencias dominantes para sojuzgar a otros pueblos.

Durante cinco siglos, desde el primero antes de Cristo, hasta el siglo IV de nuestra era, el dictador romano Julio César y los emperadores Caracalla y Aureliano, seguidos por el emperador cristiano Teodosio I, se encargaron de destruir la Biblioteca de Alejandría.

Luego de innumerables depredaciones durante los siglos posteriores, en pleno siglo XX, la humanidad asistió —en 1933— a la tristemente famosa quema de libros, cuando el partido Nazi, en Alemania, eliminó obras de los más brillantes pensadores de la cultura occidental.

Ya en nuestros días, la invasión occidental encabezada por los Estados Unidos facilitó el saqueo de la biblioteca de Bagdad y del Museo Nacional de Irak (antiguamente denominado Museo Arqueológico de Bagdad). Todo esto ocurrió frente a millones de televidentes que veían impávidos como el caos promovido por los invasores dejaba a la humanidad sin esas innumerables huellas históricas.

A propósito del caos, no podemos soslayar en esta introducción la decisiva influencia del pensamiento del filósofo germano-estadounidense de origen judío, Leo Strauss David, en los neoconservadores estadounidenses, particularmente en quienes se constituyeron en los mentores del ex presidente George W. Bush.

Para Strauss estaba claro que el orden ideal era la democracia occidental fundada en criterios liberales, en la cual se conservan rasgos del republicanismo; protección de libertades individuales y control institucional del poder.

En buen romance, el control institucional del poder no es otra cosa que preservar para las clases dominantes el absoluto dominio de los resortes imprescindibles, para garantizar la hegemonía del “mercado” sobre el conjunto de la sociedad.

Sus discípulos *neocons* fueron mucho más allá. Apoyándose en los cimientos filosóficos de Strauss, profundizaron en la teoría del “caos constructor”.

Para los neoconservadores el verdadero poder no se ejerce en una situación de inmovilidad sino, por el contrario, mediante la destrucción de toda forma de resistencia. Solo arrojando las masas al caos pueden aspirar las élites a la estabilidad de su propia posición. Veamos como opera en concreto esta matriz de pensamiento.

Durante su encuentro con la prensa, el 21 de julio de 2006, la ex secretaria de Estado de los Estados Unidos, Condoleezza Rice, fue interrogada sobre las iniciativas que esperaba impulsar para restablecer la paz en el Líbano. Su respuesta fue —muy suelta de cuerpo—: "no veo el interés en recurrir a la diplomacia si es para volver al *statu quo* anterior entre Israel y el Líbano. Pienso que sería un error. Lo que estamos viendo es, de cierta manera, el comienzo de las contracciones del nacimiento de un nuevo Medio Oriente y tenemos que estar seguros de que todo lo que hagamos vaya en el sentido del nuevo Medio Oriente, no hacia el regreso al anterior". (2006 Situación en Medio Oriente).

Vale decir, nada de restablecer la paz, en el marco del derecho internacional. Se trata, sin rodeos, de generar el caos para poder construir un nuevo Medio Oriente a gusto y paladar de los intereses del imperio y de sus socios israelíes.

En una entrevista concedida a la periodista Amy Goodman, el 2 de marzo de 2007, el general estadounidense Wesley Clark (Goodman 2007) —ex comandante de la OTAN y ya retirado del servicio activo— reveló que los Estados Unidos tenían planificadas siete invasiones a países del Medio Oriente y del Cuerno de África, todos ellos musulmanes. Algunas de esas invasiones ya estaban en curso al momento de la entrevista. Estos países son Irak, Siria, Líbano, Libia, Somalia, Sudán y, finalmente, Irán.

Para lograr imponer la hegemonía occidental, los seguidores de Leo Strauss han inventado un “derecho de injerencia humanitaria”, ejecutado por la OTAN bajo la conducción de Washington. La primera experiencia de esta pérfida teoría fue realizada —en 1999, durante el gobierno de William Clinton—contra la ex Yugoslavia, con el pretexto de defender a la población de Kosovo de las supuestas agresiones de Belgrado. Al punto que terminaron modificando el mapa: Kovoso se independizó de Serbia constituyéndose en Estado, a pesar de no tener hasta el día de hoy el reconocimiento de numerosos países que integran la ONU.

Al “derecho de injerencia humanitaria” el entonces presidente George W. Bush y sus *neocons*, luego de las Torres Gemelas, le añadió la

doctrina de “las guerras preventivas”. “Yo te agredo porque pienso que me vas a agredir”.

La pretensión de Washington de erigirse en el gendarme mundial, pretensión que —con evidentes dificultades— está cumpliendo, echa por tierra una tradición que surge con el Tratado de Paz de Westfalia, establecida en 1648, luego de la Guerra de los Treinta Años, hace casi trescientos setenta años; tratado en el que por primera vez en Occidente se reconoció el derecho a la soberanía de los estados nacionales, en su temprana etapa de existencia como tales.

En el comienzo de esta introducción, se mencionó al terrorista Estado Islámico como empeñado en hacer retroceder la rueda de la Historia; ahora comprobamos que las potencias occidentales quieren retrotraer a la humanidad a más de tres siglos y medio.

Esta perversa coincidencia nos recuerda aquellas palabras de Agustín de Hipona (San Agustín), pronunciadas hace más de mil seiscientos años, “los imperios sin justicia solo serán grandes sociedades de bandidos”.

### ***Bibliografía***

(2006) “Situación del Medio Oriente”, en: *Diario de sesiones del Senado*, Publicación Oficial, República de Chile, [http://www.senado.cl/appsenado/index.php?mo=sesionessala&ac=getDocumento&teseid=10409&nrobol=&tema=Tema&legiid=&parl\\_ini=687&tagid=59](http://www.senado.cl/appsenado/index.php?mo=sesionessala&ac=getDocumento&teseid=10409&nrobol=&tema=Tema&legiid=&parl_ini=687&tagid=59) (Consultado: 10/09/2006)

GOODMAN, Amy (2007) “Entrevista a el general estadounidense Wesley Clark”, <https://www.youtube.com/watch?v=a6zFVwbd83w> (Consultado: 10/01/2008)

MEYSSAN, Thierry (2014) “John McCain, el organizador de la «primavera árabe» y el Califa”, *Voltairenet.org* <http://www.voltairenet.org/article185089.html> (Consultado: 23/08/2014)

**Dossier**  
**“Asia y África a través del tiempo**  
**frente a la diversidad cultural”**

**Introducción**

*Miguel Ángel Ferrari\**

“Los imperios no están interesados  
en participar en un sistema internacional,  
ellos aspiran a **ser** el sistema internacional”.

Henry Kissinger

Abordar el análisis de la realidad contemporánea de dos enormes continentes como lo son Asia y África, constituye un desafío digno de elogio. Esto es lo que se propone *Claroescuro* en la presente edición.

Tanto mayor es esta empresa cuando nos encontramos ante la dicotomía de dos territorios que, aun con sus complejidades y su heterogeneidad, se encuentran en las antípodas del protagonismo económico, político y militar en este contexto internacional, signado por una globalización neoliberal que podría ser cuestionada si el candidato Donald Trump accediera a la presidencia de los Estados Unidos.

Mientras los pueblos del continente africano —en la mayoría de sus países— bregan por sobrevivir sumidos en el subdesarrollo, acechados por los señores de la guerra, gobernados por marionetas de las ex metrópolis; la pujanza de Asia expresada particularmente por China, India y algunos países del sudeste, le asigna a su región un rol protagónico que en los

---

\* Periodista. Analista internacional. Rosario, Argentina. E-mail: [miguelferrari@gmail.com](mailto:miguelferrari@gmail.com)

hechos cuestiona el liderazgo alcanzado por Occidente en las últimas centurias.

La vastedad y la profundidad de los trabajos que nutren a esta nueva entrega de *Claroscuro* dificultan —felizmente— la tarea de quien esto escribe. En consecuencia, esta será una introducción que sobrevolará los artículos y las investigaciones, deteniéndose solamente en algunas problemáticas que por su relevancia se tornan insoslayables.

La diversidad de fenómenos regionales y nacionales en el plano económico, político, cultural y militar, encuentra un denominador común en la reaparición, potenciada, del terrorismo bajo diferentes facetas.

Desde hace décadas, los gobiernos de los Estados Unidos trabajan —a través de sus servicios de inteligencia— con los sectores más recalcitrantes del fundamentalismo islámico.

Las primeras aproximaciones estuvieron motivadas por el surgimiento, en los años cincuenta, de movimientos árabes que sostenían una suerte de socialismo nacional. Una actitud progresista y laica, frente a las monarquías del Medio Oriente que fueron surgiendo tras la caída del Imperio Otomano.

El caso paradigmático fue el de Egipto, luego del derrocamiento del rey Faruq por el grupo de los Oficiales Libres y la instalación de un gobierno finalmente liderado por el coronel Gamal Abdel Nasser.

Tanto el colonialismo británico —a cargo de un protectorado en esa región, luego de la Primera Guerra Mundial—, como el imperialismo estadounidense, se valieron de los Hermanos Musulmanes para desestabilizar a la revolución egipcia. Para ello, con ayuda de la Agencia Central de Inteligencia de los Estados Unidos (la CIA por su sigla en inglés), los fundamentalistas intentaron asesinar al presidente Nasser. Tras el frustrado atentado fueron severamente reprimidos por el gobierno egipcio.

Por entonces, el régimen wahabita de Arabia Saudita se convirtió en un estrecho aliado de Washington en la tarea de derrocar a Nasser. La monarquía saudita suministró apoyo financiero y un santuario a los

militantes de los Hermanos Musulmanes durante su enfrentamiento al gobierno de El Cairo.

Años después, durante el gobierno del presidente Ronald Reagan, la CIA y el Pentágono no solo sostenían económica y militarmente a los militantes de la incipiente Al-Qaeda en Afganistán, contra la presencia soviética en ese país, sino que los caracterizaban como “luchadores por la libertad”. Esos mismos “héroes”, dos décadas después fueron inculpaos del derribo de las Torres Gemelas en Nueva York.

En tiempos más recientes, todavía está fresco el recuerdo del apoyo occidental a los terroristas de Al-Qaeda durante la intervención en Libia. Es necesario recordar que tras la caída de Muammar Gadafi, Abdel Hakim Belhadj, líder del Grupo Islámico de Combatientes Libios, una organización terrorista vinculada a Al-Qaeda, se constituyó en el Gobernador Militar de Trípoli, la capital de este país norafricano.

La Casa Blanca —y particularmente la CIA— tiene desde hace décadas relaciones con el terrorismo fundamentalista, inclusive con quienes encabezan hoy este califato de las decapitaciones, este “estado” que crucifica seres humanos, este enclave de hienas que está empujando la rueda de la Historia hacia la Edad Media. Los Estados Unidos contribuyeron a construir este monstruo y lo ayudaron a ingresar a Siria para “luchar por la democracia”.

Thierry Meyssan (2014), analista francés de política internacional, revela en una extensa investigación el lado oculto de la política estadounidense a través del caso particular del senador republicano John Sidney McCain, organizador —según las investigaciones de Meyssan— de la «*primavera árabe*» y, desde hace mucho tiempo, interlocutor del califa Ibrahim (ahora llamado Abu Bakr al-Baghdadí).

Es muy importante remarcar que Ibrahim al-Badri, alias Abu Du’a, el nominal jefe del autoproclamado Estado Islámico (también conocido como ISIS por su sigla en inglés), figuraba desde el 4 de octubre de 2011 en la lista de los cinco terroristas más buscados por la justicia estadounidense, con una recompensa de hasta 10 millones de dólares para quien

contribuyese a su captura. Y desde el 5 de octubre de 2011 su nombre había sido incluido en la lista del Comité de Sanciones de la ONU como miembro de Al-Qaeda.

Vale decir que el actual jefe del sanguinario Califato Islámico estuvo reunido con McCain un año y medio después de haber sido catalogado como terrorista por los Estados Unidos y las Naciones Unidas. McCain estuvo reunido a sabiendas con un calificado terrorista para dar cumplimiento a los planes del complejo militar-industrial estadounidense y de sus aliados británicos, franceses e israelíes, en esta región del Medio Oriente.

Este monstruo no solo ocupa territorios, decapita, crucifica, viola mujeres; este monstruo controla la producción de petróleo dentro de su área de influencia.

Los activos más preciados se hallan en Siria, en la región del valle del Eufrates, operados en su momento por las empresas Shell y Total. Estos campos, entre los cuales se destacan los denominados al-Omar, al-Tanak y al-Jafra, en la provincia oriental de Deir al-Zour producen crudo liviano, con bajo contenido de azufre, un producto relativamente fácil de refinar.

La mayor parte del petróleo extraído por los terroristas en el territorio de Siria se comercializa en Turquía. Y, desde allí, hacia diversos países.

Es muy probable que luego de los bombardeos rusos sobre estos campos petrolíferos ocupados por el ISIS, la producción haya caído considerablemente.

No obstante, ¿cómo pueden los terroristas vender petróleo en un mercado internacional tan estrechamente vigilado por Washington?

En el congreso mundial anual de las compañías petroleras, que tuvo lugar entre el 15 y el 19 de junio de 2014 en Moscú, se abordó la problemática de Irak y de Siria. Allí trascendió que el petróleo robado en Siria por el entonces Frente al-Nusra era vendido por Exxon Mobil (la compañía de los Rockefeller que reina en Qatar), mientras que el petróleo

robado por el Estado Islámico se comercializa a través de Aramco (compañía de los Estados Unidos y Arabia Saudita). Es interesante recordar que durante la guerra contra Libia la OTAN autorizó a Qatar (o sea, a Exxon Mobil) a vender el petróleo de los “territorios liberados”... ¡“liberados” por los terroristas de Al-Qaeda!

A este flagelo terrorista, cuyas principales víctimas resultan ser los seres humanos de estas castigadas regiones del Medio Oriente, se suma la pertinaz destrucción de las huellas del pasado.

“Desde el verano de 2014 —puntualiza Ömür Harmansah en el presente volumen—, el Estado Islámico ha desarrollado una práctica inusual de dañar deliberadamente sitios arqueológicos y museos, en conjunto con sus continuos ataques a santuarios y lugares santos que son apreciados por las comunidades locales. En los bien publicitados reportes de noticias, con frecuencia emitidos por el ISIS mismo, sitios destacados del patrimonio, incluyendo el Museo de Mosul, los sitios arqueológicos de Nínive, Nimrud y Hatra, y posiblemente Ashur y Palmira, fueron reportados como habiendo sido atacados o amenazados con su destrucción”.

En otro pasaje de su trabajo, Harmansah fundamenta: “Sostengo que esta destrucción puede ser vista como una forma de violencia que tiene como objetivo aniquilar el sentido local de pertenencia y el sentido de memoria entre las comunidades locales a las que el patrimonio pertenece. Por lo tanto, la destrucción del patrimonio puede ser visto como parte integrante de esta estrategia de tierra quemada descrita anteriormente”.

La destrucción del patrimonio, obviamente, no es una ocurrencia del Estado Islámico. Durante siglos esta práctica fue utilizada por los imperios o las potencias dominantes para sojuzgar a otros pueblos.

Durante cinco siglos, desde el primero antes de Cristo, hasta el siglo IV de nuestra era, el dictador romano Julio César y los emperadores Caracalla y Aureliano, seguidos por el emperador cristiano Teodosio I, se encargaron de destruir la Biblioteca de Alejandría.

Luego de innumerables depredaciones durante los siglos posteriores, en pleno siglo XX, la humanidad asistió —en 1933— a la tristemente famosa quema de libros, cuando el partido Nazi, en Alemania, eliminó obras de los más brillantes pensadores de la cultura occidental.

Ya en nuestros días, la invasión occidental encabezada por los Estados Unidos facilitó el saqueo de la biblioteca de Bagdad y del Museo Nacional de Irak (antiguamente denominado Museo Arqueológico de Bagdad). Todo esto ocurrió frente a millones de televidentes que veían impávidos como el caos promovido por los invasores dejaba a la humanidad sin esas innumerables huellas históricas.

A propósito del caos, no podemos soslayar en esta introducción la decisiva influencia del pensamiento del filósofo germano-estadounidense de origen judío, Leo Strauss David, en los neoconservadores estadounidenses, particularmente en quienes se constituyeron en los mentores del ex presidente George W. Bush.

Para Strauss estaba claro que el orden ideal era la democracia occidental fundada en criterios liberales, en la cual se conservan rasgos del republicanismo; protección de libertades individuales y control institucional del poder.

En buen romance, el control institucional del poder no es otra cosa que preservar para las clases dominantes el absoluto dominio de los resortes imprescindibles, para garantizar la hegemonía del “mercado” sobre el conjunto de la sociedad.

Sus discípulos *neocons* fueron mucho más allá. Apoyándose en los cimientos filosóficos de Strauss, profundizaron en la teoría del “caos constructor”.

Para los neoconservadores el verdadero poder no se ejerce en una situación de inmovilidad sino, por el contrario, mediante la destrucción de toda forma de resistencia. Solo arrojando las masas al caos pueden aspirar las élites a la estabilidad de su propia posición. Veamos como opera en concreto esta matriz de pensamiento.

Durante su encuentro con la prensa, el 21 de julio de 2006, la ex secretaria de Estado de los Estados Unidos, Condoleezza Rice, fue interrogada sobre las iniciativas que esperaba impulsar para restablecer la paz en el Líbano. Su respuesta fue —muy suelta de cuerpo—: "no veo el interés en recurrir a la diplomacia si es para volver al *statu quo* anterior entre Israel y el Líbano. Pienso que sería un error. Lo que estamos viendo es, de cierta manera, el comienzo de las contracciones del nacimiento de un nuevo Medio Oriente y tenemos que estar seguros de que todo lo que hagamos vaya en el sentido del nuevo Medio Oriente, no hacia el regreso al anterior". (2006 Situación en Medio Oriente).

Vale decir, nada de restablecer la paz, en el marco del derecho internacional. Se trata, sin rodeos, de generar el caos para poder construir un nuevo Medio Oriente a gusto y paladar de los intereses del imperio y de sus socios israelíes.

En una entrevista concedida a la periodista Amy Goodman, el 2 de marzo de 2007, el general estadounidense Wesley Clark (Goodman 2007) —ex comandante de la OTAN y ya retirado del servicio activo— reveló que los Estados Unidos tenían planificadas siete invasiones a países del Medio Oriente y del Cuerno de África, todos ellos musulmanes. Algunas de esas invasiones ya estaban en curso al momento de la entrevista. Estos países son Irak, Siria, Líbano, Libia, Somalia, Sudán y, finalmente, Irán.

Para lograr imponer la hegemonía occidental, los seguidores de Leo Strauss han inventado un "derecho de injerencia humanitaria", ejecutado por la OTAN bajo la conducción de Washington. La primera experiencia de esta pérfida teoría fue realizada —en 1999, durante el gobierno de William Clinton— contra la ex Yugoslavia, con el pretexto de defender a la población de Kosovo de las supuestas agresiones de Belgrado. Al punto que terminaron modificando el mapa: Kovoso se independizó de Serbia constituyéndose en Estado, a pesar de no tener hasta el día de hoy el reconocimiento de numerosos países que integran la ONU.

Al "derecho de injerencia humanitaria" el entonces presidente George W. Bush y sus *neocons*, luego de las Torres Gemelas, le añadió la

doctrina de “las guerras preventivas”. “Yo te agredo porque pienso que me vas a agredir”.

La pretensión de Washington de erigirse en el gendarme mundial, pretensión que —con evidentes dificultades— está cumpliendo, echa por tierra una tradición que surge con el Tratado de Paz de Westfalia, establecida en 1648, luego de la Guerra de los Treinta Años, hace casi trescientos setenta años; tratado en el que por primera vez en Occidente se reconoció el derecho a la soberanía de los estados nacionales, en su temprana etapa de existencia como tales.

En el comienzo de esta introducción, se mencionó al terrorista Estado Islámico como empeñado en hacer retroceder la rueda de la Historia; ahora comprobamos que las potencias occidentales quieren retrotraer a la humanidad a más de tres siglos y medio.

Esta perversa coincidencia nos recuerda aquellas palabras de Agustín de Hipona (San Agustín), pronunciadas hace más de mil seiscientos años, “los imperios sin justicia solo serán grandes sociedades de bandidos”.

### ***Bibliografía***

(2006) “Situación del Medio Oriente”, en: *Diario de sesiones del Senado*, Publicación Oficial, República de Chile, [http://www.senado.cl/appsenado/index.php?mo=sesionessala&ac=getDocumento&teseid=10409&nrobol=&tema=Tema&legiid=&parl\\_ini=687&tagid=59](http://www.senado.cl/appsenado/index.php?mo=sesionessala&ac=getDocumento&teseid=10409&nrobol=&tema=Tema&legiid=&parl_ini=687&tagid=59) (Consultado: 10/09/2006)

GOODMAN, Amy (2007) “Entrevista a el general estadounidense Wesley Clark”, <https://www.youtube.com/watch?v=a6zFVwbd83w> (Consultado: 10/01/2008)

MEYSSAN, Thierry (2014) “John McCain, el organizador de la «primavera árabe» y el Califa”, *Voltairenet.org* <http://www.voltairenet.org/article185089.html> (Consultado: 23/08/2014)